
Desconectados

Josep Otón

Nunca antes en la historia habíamos tenido a nuestra disposición tantos recursos tecnológicos para vehicular la capacidad comunicadora propia del ser humano. La evolución cultural nos ha dotado de nuevos dispositivos que nos permiten contactar al instante con una multitud virtual. Algunos privilegiados han conseguido acumular tal número de seguidores que en toda una vida no tendrían tiempo suficiente para saludarlos uno a uno. Desbordados por un alud de información, resulta imposible asimilarla de manera adecuada. Las noticias nos llegan en cuanto se producen y nos vemos obligados a vivir pendientes de la última anécdota de los políticos, de los famosos o de los anónimos ciudadanos cuyos videos se han convertido en fenómenos virales.

Ya nada es como antes. O tal vez sí. Seguramente los seres humanos no hemos cambiado tanto. Todavía necesitamos el calor de la familia, el abrazo de la amistad, la ternura del amor. De ningún modo somos máquinas asépticas que almacenan datos sin más. Somos personas para las que es imprescindible la comunicación.

Sin embargo, a veces, las redes nos enmarañan. Las falsas noticias nos confunden, pero también las noticias leídas con precipitación. Nos intoxicamos de prejuicios. Exhibimos sin pudor nuestra vida privada en el escaparate del ciberespacio renunciando a la confidencialidad y a la intimidad. Nos mostramos tal como ansiamos ser vistos y ocultamos con imágenes prefabricadas nuestro auténtico rostro. Hemos claudicado frente a la dictadura de las apariencias. Y al final, ya no sabemos quiénes somos.

Con frecuencia, conectados a la tecnología nos desconectamos de la realidad. Disponemos de un arsenal de medios para relacionarnos y, en cambio, crece la incomunicación. Y con ella, la soledad.

Necesitamos desconectarnos un rato para poder conectar con nosotros mismos. Luego, desde la verdad de quiénes somos, resultará más sencillo contactar con los que nos importan, sin que la distancia suponga un obstáculo insalvable. ■

despertar

